

IV. LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE IBAÑEZ

1. La decisión definitiva de los conservadores y su discurso

Durante los primeros días del mes de enero, último mes de la campaña electoral, la prensa de derecha centró su discurso en la necesidad de evitar el intento de la coalición de entro-izquierda de "resucitar en nuestro país la lucha de clases y el izquierdismo fracasado en tres años de la más triste experiencia"^{49/}. Evidentemente ese discurso pre-anunciaba la resolución final. A los pocos días apareció a grandes titulares en El Diario Ilustrado, la noticia de la decisión de uno de los partidos: "El Directorio General del Partido Conservador por gran mayoría acordó apoyar la candidatura de don Carlos Ibañez". En los subtítulos se daba cuenta de las razones de la opción: "El partido no cuenta con elementos suficientes para hacer triunfar una candidatura de sus filas"^{50/}. Esa forma de presentarla dejó palpablemente de manifiesto que había sido tomada en ausencia de una alternativa propia y plenamente satisfactoria. Esto queda comprobado en el análisis que ya hicimos sobre los conflictos internos que enfrentó el Partido Conservador en la fase previa a la selección definitiva del candidato.

En la reunión del Directorio General de enero la elección del candidato fue sometida a votación. El resultado fue 90 votos de apoyo a Ibañez contra 15 irreductibles que

mantuvieron su adhesión al candidato conservador Cruz-Coke. Además se registraron 5 abstenciones. Esta resolución fue comunicada a través de una declaración donde se expresaba, primero, que no había sido posible llegar a acuerdo "en torno a un candidato nacional"; segundo, que dada la proximidad de los comicios no cabía "diferir más el pronunciamiento", por cuanto era urgente comenzar los trabajos para la elección; tercero, insistía en que, al no haber conseguido el concurso de otras colectividades para un candidato como Cruz-Coke, el partido no contaba con elementos suficientes para hacer triunfar "una candidatura salida de sus filas". La decisión de apoyar a Cruz-Coke hubiese significado, según la declaración, un acto de abstención que representaría negar el apoyo de los conservadores "a la mejor solución del problema dentro de la situación de hecho existente". Finalmente terminaban haciendo una declaración de principios sobre las características del "buen gobierno". Recalcan la importancia de tener "un gobierno responsable, formado por hombres capaces, honestos, y, con experiencia en la administración pública, que (supiera) imponer en la vida de un país un concepto cabal de la disciplina y de la jerarquía". Agregaban que ese "buen gobierno" debía tener como tarea importante "repudiar las organizaciones comunistas, enemigas de la patria" y producir "la armonía de las clases sociales y la unión de todos los chilenos"^{51/}.

El diario El Imparcial escribió sobre este mismo tema un editorial titulado "Unirse ante el enemigo". En el se reiteraba, en términos incluso más fuertes, la idea del peligro de la izquierda. En algunas de sus partes se decía:

"El país quiere salvarse de la prepotencia comunista". Alabando la decisión del Partido Conservador afirmaba que éste había "entendido también de ese modo el peligro comunista". Con su decisión esa colectividad demostraba que mantenía intacta "su férrea solidez de miras". El editorialista continuaba diciendo que "la nación toda" aguardaba que el Partido Liberal alcanzara el mismo resultado, "desentendiéndose de prejuicios que no vale la pena considerar"^{52/}.

A diferencia de El Diario Ilustrado, El Imparcial representaba una posición de manifiesto apoyo a la candidatura Ibañez. De hecho ese diario expresaba a sectores de la derecha más políticos, por ende más pragmáticos, y menos doctrinarios. Ellos defendían inflexiblemente la candidatura de Ibañez a diferencia del diario conservador que lo aceptaba a falta de otras alternativas viables. En otro editorial El Imparcial planteaba su admiración a Ibañez: "La elección para aspirar a tan elevado cargo recaída en tan distinguida personalidad es un timbre de orgullo para el país y un explícito reconocimiento de sus condiciones de autoridad, honestidad y disciplina de que ha dado señaladas pruebas"^{53/}.

Como se ha dicho El Diario Ilustrado se expresaba en otros términos, veía a Ibañez no como una "buena opción" sino más bien como "opción única". Decía "en las circunstancias difíciles por que atravesamos es un deber patriótico deponer diferencias y plegar banderas"^{54/}. Argumentación característica de una opción defensiva.

cuerto con la decisión partidaria. Planteaban que "a pesar del acuerdo del Directorio General no podemos apoyar a Don Carlos Ibañez del Campo. No encarna ninguna idea. No se le escoge por sus escasas actividades posteriores a su paso por el gobierno y las cuales son desconocidas salvo dos o tres intentos de subversión contra gobiernos de derecha y de izquierda. Sólo puede buscársele por lo que hizo en la presidencia, en la cual los poderes públicos fueron atropellados y las libertades políticas conculcadas"^{57/}. Más adelante reafirmaban los principios doctrinarios del liberalismo, diciendo que eran liberales políticos y económicos y que la suprema finalidad debería ser mantener "la forma democrática (de) la reconstrucción institucional de Chile". Añadían que "las banderas del liberalismo político no (debían) plegarse jamás, por lo que no podríamos estregarnos a una dictadura aunque el dictador perteneciera a nuestras filas, por eso no podemos apoyar a Ibañez". Continuaban diciendo, lo mismo que los conservadores ya habían lamentado: "hubiéramos querido levantar un hombre de nuestras filas o de nuestros aliados. No fue posible obtener un acuerdo"^{58/}. Terminaban diciendo que la única opción que tenían era apoyar al candidato que se oponía a Ibañez, Juan Antonio Ríos.

Indudablemente este manifiesto produjo un quiebre dentro del Partido Liberal, ya que adhirió a él diez diputados y cuatro senadores. Entre ellos figuraban el ex-presidente del partido Gregorio Amunátegui, Fernando y Eduardo Alessandri y numerosos personeros del antiguo sector doc-

trinario, entre ellos José Maza y Carlos Acharán^{59/}.

A raíz de este hecho se constituyó una nueva directiva en el Partido Liberal. Esta contestó públicamente a los "liberales disidentes". En ella se les modificaba su marginación de los cargos que tenían en la organización y se hacía ver que su actitud representaba "una abierta rebelión contra la disciplina" y un "acto anti-democrático"^{60/}. La nueva directiva del Partido Liberal, presidida por Pedro Opazo Letelier, oficializó la marginación de los rebeldes. Estos, a su vez, constituyeron el Movimiento Liberal Antifascista que se integró al Blok Nacional Democrático que apoyaba la candidatura de Ríos.

3. Las razones del apoyo a Ibañez en el discurso de la derecha

El centro del discurso de los partidos derechistas era la carencia de alternativa propia. Esa situación trataron de subsanarla apoyando al mal menor, pero fijando la distancia y los límites que les permitieran no aparecer como incondicionales absolutos de Ibañez.

Entre las razones positivas que daban para apoyarlo estaba su calidad de independiente: "un hombre que llegará a ese alto cargo libre de pequeños compromisos partidistas"^{61/}. Pero, en una lectura suspicaz, puede entenderse que esa independencia significaba una doble ven-

taja. Una era la de "estar por sobre" los partidos. La otra era que al no ser militante de ninguno de los dos grandes partidos derechistas, estarían obligados a asumir éstos las responsabilidades de sus carreras, éstos recaerían exclusivamente sobre él.

La prensa adicta planteaba que el Partido Conservador había establecido con Ibañez un "compromiso de honor", según el cual debería proceder "dentro del respeto de la Constitución y de las leyes"^{62/}. El articulista recordaba que Ibañez en su anterior presidencia "no ajustó sus actos a estas normas y estas columnas (las de El Diario Ilustrado) fueron implacables para llamarlo al recto camino"^{63/}. El articulista continuaba diciendo que Ibañez había empeñado ante el país "su palabra de ciudadano y soldado", comprometiéndose a respetar "nuestras instituciones republicanas y con esa plataforma se presenta a solicitar sus sufragios"^{64/}. El diario advertía que "si esos propósitos no se cumplían, ellos cumplirían con su deber y sus principios". Es decir, el Partido Conservador se convertiría en un crítico inflexible"^{65/}.

Los periodistas de derecha decían que tanto liberales como conservadores habían asumido un "compromiso desinteresado" con Ibañez. Esta actitud constatada con otras combinaciones de partidos, construídas a cambio de la negociación de "ministerios y empleos"^{66/}.

El discurso de los partidos de derecha destinado a jus-

tificar el apoyo a Ibañez también recalca la necesidad de "conservar lo existente", que debía ser considerado como valioso porque ya había "probado su bondad". Los partidos de derecha tenían el papel de ser "reguladores indispensables" que buscaban evitar la "inestabilidad y (los) saltos en el vacío"^{67/}. Además el presidente no podía ser la expresión de un grupo determinado, porque si lo era no podría cumplir la misión esencial de "ser árbitro del quehacer nacional". Por ello debía evitar un "gobierno parcial" o un "gobierno de agrupaciones partidarias". Atribuían a Ibañez la cualidad de jugar este papel de balanza y ese rol de árbitro, porque estaba dotado "del buen sentido y de la ecuanimidad"^{68/}.

En resumen, el discurso de la derecha enfatizaba la importancia de alcanzar un "gobierno nacional" por encima de las "camarillas y de los pactos secretos"^{69/}. Ibañez era el hombre adecuado, ya que no pertenecía a ningún partido y había sido "aclamado por la mayoría de los hombres independientes, cansados de la situación a que los había llevado el gobierno del Frente Popular".

Para los conservadores, que decían defender el interés nacional guiándose por "los principios cristianos", Ibañez era "la reacción contra el desorden y el desgobierno" que se habían producido en los últimos tres años^{70/}.

Para la derecha la necesidad de un "gobierno nacional" volvía a ser, como en 1983 el tópico del momento, tópico

que también fue recurrente en la izquierda. Para la derecha la caracterización de un "gobierno nacional" era muy restrictiva, no solamente en comparación con el sentido más amplio que le asignaba la izquierda sino también en relación al tratamiento del tema por la derecha en 1938. Para este último sector lo nacional era la restauración del orden, es decir, "que la disciplina y el espíritu de trabajo (volviera) a reemplazar a la anarquía y al desorden que (reinaba) en las actividades públicas y privadas"^{71/}.

La otra dimensión de lo nacional, también derivada de la primacía asignada al orden, era el anti-comunismo. Esta oposición adquirió para la derecha en este momento el carácter de requisito sine qua non respecto al apoyo a uno u otro candidato. Ibañez había declarado explícitamente no sólo de que "garantizaría el orden y la tranquilidad" sino también de que "no permitiría el dominio de tan nefasta secta", forma despectiva en que se refería a los comunistas^{72/}. Paradojalmente en 1942 era Ibañez, quien en 1938 había realizado el discurso de unidad de la izquierda, el que otorgaba garantías de aislamiento y exclusión de los comunistas. Ese giro se lo hicieron notar los sectores contrarios a su candidatura, quienes retomaron los discursos de Ibañez en 1937 y 1938 para mostrar la falta de solidez y credibilidad de sus afirmaciones. Este había dicho en su campaña presidencial anterior que "cada vez que nuestra oligarquía quiere atentar contra la democracia levanta el fantasma del comunismo"^{73/}.

4. ¿Quién era Ibañez?

Cuando en 1941 Ibañez se presentó como candidato independiente a las elecciones presidenciales tenía ya una larga trayectoria política.

Militar de carrera, sin embargo el mejor modo de definirlo es como un caudillo. Junto con Alessandri son los dos grandes caudillos de la historia política chilena en el siglo veinte. Los únicos con capacidad de desbordar a los partidos, con redes de adherentes diseminadas en todas las organizaciones políticas, capaces de movilizar una masa electoral flotante.

En 1924, siendo mayor de Ejército, participó en el movimiento militar que derivó en la renuncia de Alessandri. Al año siguiente, cuando comenzó la campaña para su retorno a la presidencia, Ibañez encabezó al grupo de militares que forzó la salida de la Junta de Gobierno, presidida por el general Luis Altamirano. Una nueva Junta asumió el poder hasta la llegada de Alessandri. En ella Ibañez ocupaba el cargo clave de Ministro de Guerra.

En marzo de 1952 Alessandri regresó a Chile en base a un acuerdo con los militares, basado en el propósito común de aprobar una nueva Constitución que terminara con el régimen parlamentario. A los pocos días de la aprobación de la Constitución de 1925 reaparecieron las diferencias entre los militares y Alessandri. El Presidente se vio for-

zado a renunciar por las presiones directas ejercidas por Ibañez, quien operaba como líder de una facción militar. Esta dimisión, antes del término del mandato, inició un nuevo período de inestabilidad política. La causa principal fue la intromisión de las fuerzas armadas en la política nacional, de las cuales se convierten en árbitros decisivos. En ese papel Ibañez era la figura clave^{74/}.

En 1927 se celebró una nueva elección en la cual alcanzó el poder Emiliano Figueroa, considerado por casi todos los historiadores como "un típico representante de los sectores oligárquicos"^{75/}. Durante ese gobierno, en manos de un presidente débil y abúlico, Ibañez siguió ocupando posiciones claves en el ministerio. Continuó como ministro de Guerra y más tarde asumió la cartera de Interior. A raíz de sus continuos enfrentamientos con Ibañez, Figueroa presentó su renuncia. Ibañez asumió constitucionalmente la Vice-Presidencia y convocó a elecciones. El fue el único candidato, alcanzando como era de pever, una abrumadora mayoría.

Su primer gobierno derivó en una abierta dictadura. Se atropellaron los derechos civiles, hubo relegaciones, exilio, persecución sindical y política. Ibañez pretendía gobernar por encima de los partidos. Realizó una virulenta crítica de éstos y persiguió a sus dirigentes. Fueron deportados o exiliados líderes del partido comunista junto con Santiago Labarca, el ex Presidente Alessandri y dos de sus hijos, el parlamentario liberal Manuel Rivas, el dueño de El Mercurio Agustín Edwards, los senadores Luis

Salas Romo y Luis Alberto Cariola, y Rafael Luis Gumucio, los diputados Pedro León Ugalde, Galvarino Gallardo, Pedro Aguirre Cerda y el connotado financista Gustavo Ross.

Sin embargo en el terreno económico realizó intentos de modernización con una perspectiva desarrollista. Durante su gobierno se le empezó a asignar al Estado papeles vitales en el terreno económico y social. Se promovió una alta inversión fiscal y se fomentaron las obras públicas. Se reorganizó la administración pública, creciendo y consolidándose una burocracia estatal.

En parte, el aislamiento que le acarreó su comportamiento contrario a los partidos favoreció que se expandiera un gran descontento en todas las capas sociales, el cual se tradujo en sostenidas críticas públicas y grandes manifestaciones contra el régimen. El descontento existente se multiplicó y agravó por la crisis económica mundial de 1929, la cual en 1930 empezó a afectar duramente a la economía chilena, produciendo una situación prácticamente inmanejable. Ibañez, viéndose acorralado, solicitó al Congreso autorización para ausentarse del país, entregando el poder al presidente del Senado. El 4 de octubre de 1931 se realizaron elecciones presidenciales, triunfando el abogado radical Juan Esteban Montero.

Siete años más tarde reapareció en el escenario político. En las elecciones presidenciales de 1938 Ibañez se presentó como candidato apoyado por una combinación política

llamada Alianza Popular Libertadora, integrada por la Unión Socialista, el Movimiento Nacional Socialista y los independientes ibañistas. En esa campaña el discurso de Ibañez fue muy diferente del que podía esperarse de acuerdo a su trayectoria, especialmente por su anterior período presidencial. Criticaba al Frente Popular por ser una "expresión centrista"^{76/} y por no representar a todas las fuerzas izquierdistas. Se definía como "antifascista, antiimperialista y partidario del Frente Popular"^{77/}.

No obstante los giros políticos realizados entre 1927 y 1938 se pueden rescatar dos constantes en el comportamiento de Ibañez: su pretensión de independencia de los partidos y su caudillismo. Pero, en todo caso, el discurso ibañista de 1942 fue totalmente diferente del de 1927 y de 1938, así como éstos eran diferentes entre sí.

Muchos de los cambios podrían entenderse como consecuencia de las contingencias históricas, tanto nacionales como internacionales. Sin embargo, el rasgo que mejor permite comprender a Ibañez es su postura personalista. Se trata de un caudillo que busca sus aliados y elabora su discurso orientado por una racionalidad más estratégica que ideológica.

5. El discurso de Ibañez en la campaña presidencial de 1942

Durante la campaña presidencial de 1942 el discurso

de Ibañez giró en torno a tres ideas generales. Uno de los ejes centrales fue la crítica al "egoísmo de los partidos", Les atribuía un pragmatismo utilitarista que se traducía en su "servil sumisión a exigencias puramente circunstanciales". Los partidos y los dirigentes nacionales estaban dominados "por la acción oportunista"^{78/}. Profundizando su crítica a los partidos Ibañez sostenía que el poder no podía ser monopolizado por ese tipo de organizaciones, lo concebía como "ampliamente nacional"^{79/}.

Se declaraba "el candidato de los sin partido". Las agrupaciones políticas que lo apoyaban eran aquéllas capaces de "subordinar sus ideales doctrinarios al supremo deber de salvar la patria"^{80/}. Ibañez presentaba como uno de sus méritos principales no estar vinculado orgánicamente a ningún partido. Estos, y en particular el radicalismo, habían demsstrado su "corrupción". Para consolidarse en el poder no trepidaban en entregarse a "los elementos extremistas".

Siguiendo en esa línea su repudio a la politiquería que, para él, consistía en el encono de la lucha partidaria. Ella era responsable de haber "minado el régimen político y creado un ambiente de anarquía" en el que no podía prosperar "ninguna libertad ni ninguna justicia".

Este ruidoso antipartidismo significaba una crítica muy radical al sistema político existente. Detrás de ella subyacía una visión autoritaria. Ibañez se lamentaba de que había "desaparecido el concepto de la "jerarquía" y que

la indisciplina correría "todas las voluntades"^{81/}.

Coincidiendo con el momento en que los liberales y conservadores acordaron definitivamente su apoyo a Ibañez, el discurso anti-partidos experimentó un pequeño giro. Se acentuó el énfasis en el caos existente provocado por el Frente Popular, más que en una crítica a los partidos en general, como provocadores de ese caos. Al sintetizar los objetivos de su programa decía: "Autoridad firme y serena, jerarquía disciplina, responsabilidad, probidad, justicia, espíritu de trabajo y de sacrificio; he aquí las virtudes que procuraré hacer prevalecer en mi gobierno"^{82/}.

Establecía una particular relación con los partidos, aún con ellos que lo apoyaban. No estaba ligado por "ningún acuerdo" con ellos, las adhesiones las esperaba por "amor patrio", por los "altos y patrióticos propósitos de servir a Chile"^{83/}.

Otras de las ideas-fuerza que se encontraban en el discurso de Ibañez, como también en el de Ríos, era la necesidad de un "gobierno nacional". Indudablemente que el sentido que cada candidatura daba a esta idea era muy diferente. A su vez la derecha, como entidad política diferente de Ibañez, tenía su propia versión sobre las características de un "gobierno nacional". Esa definición era, sin embargo, muy cercana a la del candidato. Para este "gobierno nacional" se contraponía tanto a gobierno de partidos y coaliciones, como a gobierno de "círculos o de clases",

En eso residía la afinidad de la definición de Ibañez con la de la derecha. Para esta "nacional" se oponía a clasista. El candidato relacionaba su crítica a los partidos con su idea de "gobierno nacional". Estos promovían la "agitación malsana" y la lucha de clases, destruyendo de esa forma la "unidad nacional"^{84/}.

La tercera idea-fuerza presente en el discurso de Ibañez era el anti-comunismo, a su vez estrechamente conectado con la idea de unidad nacional. Obviamente esa postura satisfacía ampliamente a la derecha, especialmente por la virulencia del discurso empleado por Ibañez. Este declaraba que "sería inflexible para reprimir hasta exterminarlos los fermentos de disolución que desde hace largos años esterilizan la producción, estimulan las bajas pasiones, subvierten las normas naturales de convivencia y mantienen al país en un estado permanente de agitación y de inquietud"^{85/}. Es impssible no poder de relieve el tono autoritario del discurso ibañista, claramente presente en la semantización "reprimir hasta exterminar".

Junto a la crítica al comunismo como factor de "disolución social" estaba la crítica por ser un movimiento "dirigido desde el extranjero en contra de la nacionalidad". Por esa doble razón el comunismo debía "ser combatido por todos los medios"^{86/}. Debían optar entre "renunciar a sus procedimientos" (entre los cuales el principal era "el fomento constante del odio de clases") o ser privados de espacio político.

La cuarta idea central del discurso de Ibañez era la necesidad de "salvar a la Patria" y la autoasignación del rol de "salvador". Planteaba que su candidatura representaba "la última y definitiva esperanza de salvación pública"^{87/}. Se autoasignaba un rol mesiánico. Dentro de un diagnóstico catastrófico del momento político, decía: "yo recojo la decepción del pueblo con fuerzas renovadoras, resuelto a transformarla en energía creadora"^{88/}.

En conexión con esta idea de un "gobierno de salvación" el período del Frente Popular era visto como un momento de "marcada ineficacia" que apareció justamente cuando era más necesaria que nunca "la eficacia y la responsabilidad de los gobernantes"^{89/}. Ese diagnóstico le permitía reforzar la idea mesiánica de su decisiva "responsabilidad histórica". Por ejemplo, en un discurso planteaba: "Mi labor esencial será volver al país a la normalidad constitucional que han trastornado los últimos años de acción extremista y desorbitada"^{90/}. En otra ocasión afirmaba "Hace más de un mes me puse frente a los acontecimientos que hoy conmueven al país y decidí empuñar la bandera de la unión patriótica". Existen en su discurso múltiples formas de autoexaltación, típico recurso expresivo de los caudillos.

Pese a que el mundo estaba azotado por la guerra, las referencias a la política internacional eran escasas y casi todas tenían relación con los problemas limítrofes o a la necesidad de oponerse a las presiones externas^{91/}. Era muy excepcional que aparecieran en su discurso referencias al

fascismo. Cuando existían ese tipo de regímenes eran asimilados al comunismo: "ningún grupo ni nacional ni extranjero podrá implantar en Chile, durante mi período, sistema de política totalitaria o fascista, ni comunismo ni fascismo serán admitidos en la vida cívica del país"^{92/}.

6. Conclusiones

A partir de mediados de enero de 1942 la situación ya estaba definida: como en 1938, sería una elección a dos bandas. Ríos representaba un espectro político amplio, desde un sector de los liberales hasta comunistas y socialistas. En torno a Ibañez se agrupaba la derecha política (la totalidad de los conservadores y una parte de los liberales) y los ibañistas. Sin lugar a dudas esta segunda candidatura era bastante menos amplia y policlasista. Por tanto tenía menos posibilidades de triunfo.

Durante los últimos días de la campaña intervino el ex-presidente Alessandri, en una de las proclamaciones finales de Ríos. Su discurso representó un golpe para la candidatura de Ibañez. Sectores liberales que hasta ese momento apoyaban sin mucho convencimiento al ex-dictador giraron hacia Ross. En su discurso, realizado en un tono dramático, Alessandri decía que "había olvidado los años de injusto exilio...he perdonado la prisión de todos mis hijos...he olvidado y perdonado la deportación en masa de todos los miembros de mi familia. Pero no puedo olvidar como ciudadano las ofensas inferidas a mi patria". Agregaba es-

ta predicción catastrófica: "Está la republica amenazada con el espectro fatídico de la dictadura". Terminó su discurso haciendo un llamado a "defender la democracia a toda costa y dar apoyo a Ríos"^{93/}. Alessandri ya había declarado durante la campaña su oposición a la candidatura Ibañez. Sin embargo, ese último discurso acentuó las actividades dentro de los liberales.

En realidad, en esta elección la derecha (es decir liberales y conservadores) no llevaron candidato propio. Solamente prestaron su apoyo a un postulante que les daba garantías básicas. Vieron en Ibañez un "buen candidato" porque tenía un discurso anti-comunista, negaba la lucha de clases, hablaba de un "gobierno nacional" por oposición a una política clasista; su programa no ponía en cuestión los intereses económicos fundamentales de la clase dominante. Sin embargo, optaron por Ibañez a falta de un verdadero candidato de derecha. Se trataba de una opción netamente defensiva, básicamente creada para oponerse al candidato de centro-izquierda.

Tanto era así que, frente al pasado político de Ibañez, la derecha lo obviaba pero no podía olvidarlo: "no era el momento de pedir cuentas" porque se necesitaba concitar la máxima unidad.

En todo caso, el candidato apoyado por la derecha obtuvo en 1942 una votación significativa, el 44.04 por ciento contra el 55.96 por ciento de Ríos. Esta cifra de-

be analizarse tomando en cuenta que una parte de los liberales no apoyaron al candidato oficial. La gran dificultad de la derecha en esta elección fue la imposibilidad de componer la unidad de la derecha, y la dificultad de lograr mínimas alianzas con otros sectores. Entonces, si bien la derecha mantuvo la posibilidad de nuclear una votación importante, sea por mantención de clientelas, por cohecho o presión económica, para expresar políticamente con eficacia a los sectores dominantes demostró enormes debilidades, tanto de proyecto propio como de ausencia de líderes con posibilidades de éxito electoral. En esas circunstancias debieron apoyar a un caudillo que, por su pasado y sus características, no era el candidato ideal.

En síntesis la derecha alcanzó una buena votación, pero en un campo bipartito no tenía posibilidad de triunfar sobre la coalición de centro-izquierda la cual había alcanzado una mayor amplitud por la defección de numerosos liberales.